

telectual en esta industria es más elevado que el de los trabajadores que se pasan toda la vida, desde sus primeros años, en las fábricas. Indudablemente hay más independencia y más originalidad entre los obreros de la pequeña industria; pero la falta de división entre los jefes y las masas, en la federación del Jura fué también motivo para que no hubiera ninguna cuestión sobre la cual todos los miembros de la asociación no procuraran formar su opinión particular é independiente. Aquí observé que los trabajadores no eran una masa que se prestaba á ser dirigida y manejada para servir los fines políticos de unos cuantos; sus jefes no eran sino los compañeros más activos; más que tales jefes, eran simplemente iniciadores. La claridad de la penetración, lo razonado del juicio y la capacidad para desentrañar complejas cuestiones sociales que noté entre los obreros, en particular en los de mediana edad, me impresionaron profundamente; y tengo la firme persuasión de que si la federación del Jura ha representado un papel importante en el desarrollo del socialismo, no ha sido sólo por la bondad de las ideas de no gobierno y federales, de las que era el portaestandarte, sino también por la feliz manera de expresarlas, debido al buen sentido de aquéllos. Sin su concurso, estas concepciones hubieran permanecido siendo meras abstracciones durante mucho tiempo.

Los aspectos teóricos del anarquismo, según empezaban á expresarse en la federación del Jura, particularmente por Bakunin, las críticas del socialismo de Estado — el temor del despotismo económico, más peligroso todavía que el meramente político — que oí formular allí, y el carácter revolucionario de la agitación, dejaban honda huella en mi mente. Pero las relaciones de igualdad que encontré en las montañas jurácicas, la independencia de pensamiento y expresión que vi desarrollarse entre los trabajadores y su ilimitado amor á la causa, apelaron con más fuerza aún á mis sentimientos, y cuando dejé la montaña, después de haber pasado una semana con los relojeros, mis ideas sobre el socialismo se habían definido: era un anarquista.

Un viaje que poco después hice á Bélgica, donde pude comparar una vez más la centralizada agitación política de Bruselas con la económica é independiente que fermentaba entre los tejedores de paños de Verviers, sólo sirvió para fortalecer mis opiniones. Estos trabajadores industriales formaban uno de los centros de población más simpáticos que jamás he encontrado en la Europa occidental.

X.

Bakunin estaba en aquel tiempo en Locarno; no lo vi, y ahora lo siento mucho, porque, cuando volví á Suiza, cuatro años después, ya había muerto. El fué quien ayudó á los amigos del Jura á despejar sus ideas y á formular sus aspiraciones; él, quien les inspiró un poderoso, ardiente é irresistible entusiasmo revolucionario. Tan pronto como vió que un pequeño periódico que Guillaume empezó á publicar en la sierra del Jura (en Locle) hacía vibrar una nueva nota de independencia de la idea, en el movimiento socialista, fué allí; habló, durante días y noches enteras, á sus nuevos amigos sobre la necesidad histórica de un nuevo paso en dirección de la anarquía; escribió para aquella publicación una

serie de profundos y brillantes artículos sobre el progreso histórico de la humanidad en su marcha hacia la libertad; infundió entusiasmo entre aquellos compañeros, creando ese centro de propaganda, desde el cual se extendió más tarde la idea á otros puntos de Europa.

Después que él se trasladó á Locarno, desde donde inició un movimiento similar en Italia, y por medio de su simpático é inteligente emisario, Fanelli, en España también, la obra que él había comenzado en las montañas jurácicas, fué continuada independientemente por los habitantes del país. El nombre de « Miguel », aunque sonaba con frecuencia en las conversaciones, no era como el de un jefe ausente, cuyas opiniones se consideraban como leyes, sino como el de un amigo personal, de quien todos hablaban con amor, en un espíritu de compañerismo. Lo que más llamó mi atención, fué que la influencia de Bakunin se hacía mucho menos sentir como la de una autoridad intelectual, que como la de una personalidad moral. En las conversaciones sobre el anarquismo, ó respecto á la actitud de la federación, jamás oí decir: « Bakunin opina de este modo », ó « Bakunin piensa de este otro », como si eso resolviera la cuestión. Sus escritos y sus palabras no eran miradas como leyes, como desgraciadamente ocurre con frecuencia entre los políticos. En todos aquellos asuntos en que la inteligencia es el juez supremo, cada uno usaba en la discusión sus argumentos propios. La idea fundamental pudo haber sido sugerida por Bakunin, ó éste haberla tomado de sus amigos del Jura; pero, en uno ú otro caso, el argumento conservaba siempre su carácter individual. Sólo una vez oí invocar su nombre con carácter de autoridad, lo que me impresionó tanto, que aun hoy día recuerdo el sitio en que tuvo lugar la conversación y sus íntimos pormenores. Algunos jóvenes se permitían hablar con poco respeto del sexo débil, cuando una de las mujeres que estaban presentes puso término á la cuestión, exclamando: « ¿Qué lástima que Miguel no esté aquí; él os haría entrar en razón! » La colosal figura del revolucionario, que lo había dado todo por el triunfo de la revolución, viviendo sólo para ella y tomando de su concepción el modo más elevado y puro de apreciar la vida, continuaba inspirándolos.

* * *

Volví de este viaje con ideas sociológicas claras y precisas, que he conservado desde entonces, haciendo cuanto me ha sido posible por desarrollarlas en formas cada vez más definidas y concretas.

Había, sin embargo, un punto que no acepté sin haber antes dedicado á él una profunda reflexión y muchas horas de la noche. Vi claramente que el cambio inmenso que pondría en manos de la sociedad todo lo que es necesario para la vida y la producción — bien sea el Estado comunista de los demócratas socialistas, ó la unión de grupos libremente asociados, que los anarquistas defienden — implicaría una revolución mucho más profunda que todas las registradas en la Historia. Además, en semejante caso los trabajadores tendrían en su contra, no ya la caduca generación de aristócratas, contra quienes los campesinos y republicanos franceses tuvieron que luchar el siglo pasado — y que, así y todo, fué contienda bien encarnizada —; sino la clase media,

que es mucho más poderosa, intelectual y físicamente, teniendo á su servicio todo el potente mecanismo del Estado moderno. Pensando sobre esto observé que ninguna revolución, bien sea pacífica ó violenta, se ha llevado jamás á cabo sin que los nuevos ideales hayan penetrado antes profundamente en la clase misma cuyos privilegios económicos y políticos se habían de asaltar. Yo presencié la abolición de la servidumbre en Rusia, y sabía que si la conciencia de la injusticia de sus privilegios no se hubiera extendido ampliamente entre la clase misma de los dueños de siervos (como consecuencia de la previa evolución y revoluciones realizadas en la Europa occidental), la emancipación de los mismos no se hubiera llevado á efecto con tanta facilidad como se hizo en 1861. No ignoraba que la idea de emancipar á los trabajadores del presente sistema del salario, se iba abriendo camino entre la misma clase media. Hasta los más ardientes partidarios del actual estado económico ya han abandonado la idea de *derecho* al defender sus actuales privilegios, no discutiendo ahora más que la *oportunidad* del cambio. No niegan la conveniencia de algunas de esas variaciones; sólo preguntan si realmente la nueva organización económica, preconizada por los socialistas, será mejor que la actual; si una sociedad en que los trabajadores lleven la voz cantante, se encontrará con medios de manejar la producción mejor que los capitalistas individuales, movidos sólo por meras consideraciones de interés particular, lo hacen en el presente momento.

Además, empecé á comprender gradualmente que las revoluciones, esto es, los períodos de evolución rápida y acelerada y cambios repentinos, son tan naturales en las sociedades humanas como la lenta evolución que incesantemente tiene ahora lugar entre las razas más civilizadas de la humanidad, y que cada vez que semejante período de acelerada evolución y reconstrucción en gran escala comienza, es muy probable que la guerra civil estalle en mayor ó menor escala. La cuestión es, pues, no tanto de como se han de evitar las revoluciones, como de obtener los mayores resultados con la menor cantidad posible de guerra civil, el más reducido número de víctimas y el mínimo de mutuos enconos y antagonismos. Para conseguir tal fin, sólo hay un medio, esto es, que la parte oprimida de la sociedad se forme la más clara concepción posible de lo que se propone realizar y del medio de llevarlo á cabo, hallándose al mismo tiempo dominada por el entusiasmo que se necesita para la ejecución de tal empresa, teniendo, en tal caso, la seguridad de poder contar con el concurso de las fuerzas intelectuales más puras y lozanas de la clase privilegiada.

La Commune de París fué un terrible ejemplo de un alzamiento sin ideales suficientemente determinados. Cuando los trabajadores se hicieron dueños en Marzo del 71 de la gran ciudad, no atacaron los derechos de propiedad investidos en las clases media y elevada; por el contrario, pusieron esos derechos bajo su protección, cubriendo los jefes con sus cuerpos el Banco Nacional; y no obstante la crisis, que había paralizado la industria, y la consiguiente falta de recursos de una gran masa de obreros, protegieron con sus decretos los derechos de los amos de las fábricas, de los establecimientos industriales y de los dueños de la propiedad urbana. Sin embargo, cuando fué sofocado y vencido el

movimiento, para nada se tuvo en cuenta, por parte de las clases acomodadas, lo modesto de las pretensiones comunales de los insurrectos; habiendo vivido dos meses en constante temor de que los trabajadores atacaran sus derechos de propiedad, los hombres ricos de Francia se vengaron de aquéllos con el mismo encarnizamiento que si lo hubiesen hecho realmente. Cerca de 30 000 de ellos fueron sacrificados, como es sabido, no durante la batalla, sino después que la perdieron. Si hubieran dado algunos pasos hacia la socialización de la propiedad, la venganza no hubiese podido ser más terrible.

Si, pues — venía yo á concluir —, hay períodos en el desenvolvimiento humano en que el conflicto es inevitable y la guerra civil estalla independientemente por completo de la voluntad de individuos determinados, que al menos aquéllos tengan por ideal, no vagas y poco definidas aspiraciones, sino propósitos concretos; no puntos secundarios cuya insignificancia no disminuye la violencia del conflicto, sino amplias ideas que alienten á los hombres por la grandeza de los horizontes que abren ante su vista. En este último caso, el conflicto en sí dependerá mucho menos de la eficacia de los fusiles y cañones, que de la fuerza del genio creativo que entre en acción al emprenderse la obra de reconstituir la sociedad; dependerá más principalmente de que esas fuerzas constructivas tomen de momento un libre giro; de que sus aspiraciones sean de un carácter más elevado, ganando así más simpatías aun entre aquellos que, como clase, son opuestos al cambio. Empeñado de este modo el combate sobre una base más extensa, se purificará la misma atmósfera social, y el número de víctimas por ambas partes será indudablemente mucho menor de lo que hubiese sido si la lucha fuera por cuestiones de una importancia secundaria, en cuyo caso los bajos instintos del hombre encuentran terreno apropiado para desarrollarse.

Con estas ideas volví á Rusia.

XI.

Durante mi viaje compré muchos libros y colecciones de periódicos socialistas; en Rusia, los primeros se hallaban «absolutamente prohibidos» por la censura, y algunas de las segundas, así como las memorias de los Congresos internacionales, no podían encontrarse á ningún precio, ni aun en Bélgica. «¿Me desprenderé de todo esto, cuando mi hermano y mis amigos gozarían tanto con tenerlo en San Petersburgo?», me pregunté á mí mismo, decidiendo introducirlo en Rusia por todos los medios posibles.

Volví á San Petersburgo por la vía de Viena y Varsovia. Miles de judíos vivían del contrabando en la frontera polaca, y pensé que, si conseguía dar tan sólo con uno de ellos, mis libros pasarían con facilidad al otro lado. Sin embargo, el apearse en una pequeña estación de ferrocarril cerca de la raya, mientras que los demás viajeros continuaban en el tren, y ponerse allí á buscar gente dedicada al contrabando, hubiera sido poco razonable; así que, tomando una vía lateral, me dirigí á Cracovia. «La capital de la antigua Polonia está cerca de la frontera», pensé, «y en ella he de encontrar algún judío que me ponga en relación con los hombres que necesito».

Llegué á la ciudad, en otro tiempo renombrada y brillante, por la noche, y á la mañana siguiente, muy temprano, salí del hotel, dispuesto á realizar mi ojeo. Pero, con gran sorpresa-mía, me encontré con qué á la vuelta de cada esquina, y en cualquier parte del desierto mercado adonde dirigiera la vista, se tropezaba con uno de ellos que, con el túnico tradicional y largos cabellos, en la misma forma que lo usaban sus antepasados, aguardaba que algún noble ó comerciante lo ocupara, dándole por el mandado algunas monedas de cobre. Me hacía falta encontrar un *judío*, y ahora eran muchos los que me salían al paso. ¿A cuál interrogaría? Después de recorrer toda la población, y ya desesperado, decidí abordar al que se hallaba á la entrada misma de mi hotel, inmenso palacio antiguo, cuyos salones se habían visto en otro tiempo invadidos por una elegante multitud vestida de vivos colores y entregada á la danza, y ahora tenía la más modesta misión de dar hospedaje á alguno que otro viajero, explicándole al sujeto mencionado mi deseo de introducir secretamente en Rusia un paquete algo pesado de libros y periódicos.

« Esto se hace fácilmente », me replicó. « Haré venir al representante de la Compañía Universal para el Cambio Internacional de (con perdón sea dicho) Trapos y Huesos. Hacen el mayor negocio de contrabando del mundo, y es seguro le han de servir ». Media hora después volvía, en efecto, con el tal representante, joven elegantísimo, que hablaba perfectamente el ruso, el alemán y el polaco.

Miró el paquete, lo tomó en peso y me preguntó qué clase de libros contenía.

« Todos están prohibidos por la censura, le respondí, y por eso hay que introducirlos de esa manera ».

« Los libros, dijo él, no se hallan exactamente comprendidos entre los artículos que operamos; nuestro negocio estriba en sedas de valor. Si hubiera de pagar á mi gente con arreglo á nuestra tarifa de seda, tendría que pedir un precio exorbitante. Además, para decir verdad, no me gusta mucho mezclarme en asuntos de libros; lo más insignificante podría dar lugar á vernos envueltos en una cuestión política que ocasionaría á la Compañía quebrantos de consideración ».

Yo debí parecer muy contrariado, porque el susodicho joven inmediatamente agregó: « No paséis cuidado; él (señalando al mandadero del hotel), lo arreglará de alguna otra manera ».

« Ya lo creo; hay mil modos de concertar el asunto para servir al caballero », manifestó éste jovialmente antes de partir.

A la hora estaba de vuelta con otro joven; éste tomó el bulto, lo colocó al lado de la puerta y dijo: « Está bien; si partís mañana, encontraréis vuestros libros en tal estación rusa », explicándome cómo se arreglaría el negocio.

« ¿Cuánto costará? », pregunté.

« ¿Cuánto estáis dispuesto á pagar? », fué la respuesta.

Yo vacié mi bolsa sobre la mesa y dije: « Esto para mi viaje; el resto para vosotros; iré en tercera ».

« ¡Cómo! », exclamaron ambos á un tiempo. « ¿Qué dice usted, señor? ¡Semejante caballero ir en tercera! ¡Jamás! No, no; eso no es posible... Con cinco duros para nosotros y uno, poco más ó menos, para

el mandadero, se llevará lo que usted quiera. No somos salteadores de camino, sino gente honrada ». Y se negaron resueltamente á tomar más dinero.

Con frecuencia había oído hablar de la probidad de los contrabandistas hebreos de la frontera; pero nunca esperé encontrar semejante prueba de ella. Posteriormente, cuando nuestro círculo importó muchos libros del extranjero, ó más tarde todavía, cuando tantos revolucionarios y emigrados tuvieron que cruzar la frontera al entrar en Rusia ó salir de ella, no hubo un solo caso en que los contrabandistas comprometieran á ninguno ni se valieran de las circunstancias para exigir un precio exorbitante por sus servicios.

Al día siguiente abandoné á Cracovia, y en la estación rusa convenida, un mozo se acercó á mi departamento, y hablando en alta voz, á fin de que lo oyera el gendarme que se paseaba á lo largo del andén, me dijo: « Aquí está el saco que su alteza dijo el otro día », y me dió el precioso paquete.

Tanta alegría me causó el recogerlo, que ni aun me detuve en Varsovia, continuando mi viaje directamente á San Petersburgo para enseñar mis valiosas adquisiciones á mi hermano.

XII.

Un movimiento formidable se iba desarrollando al mismo tiempo entre la parte más ilustrada de la juventud rusa. La servidumbre estaba abolida; pero una extensa red de hábitos y costumbres de esclavitud doméstica, de completo desprecio de la individualidad humana, de despotismo por parte de los padres y de sumisión hipócrita por el de las esposas, hijos é hijas, se había desarrollado durante los doscientos cincuenta años que aquélla duró. En toda Europa, al principio de este siglo, dominaba un gran despotismo doméstico; de ello dan buen testimonio las obras de Thackeray y Dickens; pero en ninguna otra parte alcanzó tan extraordinario desarrollo como en Rusia. Toda la vida rusa en la familia, en las relaciones entre jefes y subordinados, oficiales y soldados, y patronos y obreros, lleva impreso su sello. Todo un mundo de costumbres y modo de pensar, de preocupaciones y falta de valor moral y de hábitos creados al calor de una lánguida existencia, había tomado cuerpo á su sombra. Hasta los hombres mejores de la época pagaban un gran tributo á estos productos del período de servidumbre.

A la ley no le era dado intervenir en tales cosas. Sólo un vigoroso movimiento social que atacara las raíces mismas del mal hubiera podido reformar los hábitos y costumbres de la vida corriente, y en Rusia esta acción, esta rebeldía del individuo, tomó un carácter más enérgico, y se hizo más radical en sus aspiraciones que en ninguna otra parte de Europa ó América. « Nihilismo » fué el nombre que Turgueneff le dió en su novela, que hará época en la Historia, titulada *Padres é Hijos*.

Este movimiento ha sido mal comprendido en la Europa occidental; la prensa, por ejemplo, lo confunde continuamente con el terrorismo. La agitación revolucionaria que estalló en Rusia hacia la fin del reinado de Alejandro II, y que terminó en su trágica muerte, es descrita consistentemente como nihilismo, lo cual es, sin embargo, una equivocación.

El confundir el nihilismo con el terrorismo es tan erróneo, como el tomar un movimiento filosófico, como el estoico ó el positivista, por uno político, como, por ejemplo, el republicano. El terrorismo vino á la existencia traído por ciertas condiciones especiales de la lucha política, en un momento histórico determinado; ha vivido y ha muerto; puede renacer y volver á morir. Pero el nihilismo ha marcado su huella en la vida entera de la parte más inteligente de la sociedad rusa, y no es posible que ésta se borre en muchos años. Es el nihilismo, desprovisto de su aspecto más violento — cosa imposible de evitar en todo nuevo movimiento de esa índole — lo que da ahora á la vida de una gran parte de la clase más ilustrada de Rusia un cierto carácter peculiar que nosotros, los rusos, sentimos no encontrar en la de la de igual índole que habita el occidente europeo; él es también, en sus varias manifestaciones, lo que da á muchos de nuestros escritores esa notable sinceridad y esa costumbre de « pensar en alta voz », que sorprende á los lectores de aquella parte de nuestro continente.

Ante todo, el nihilista declaró la guerra á lo que puede considerarse como « las mentiras convencionales de la humanidad civilizada ». Una sinceridad absoluta era su rasgo distintivo, y en nombre de ella, él renunciaba y pedía á los demás que lo hicieran también, á esas supersticiones, prejuicios, hábitos y costumbres que su criterio no lograra justificar. El se negaba á inclinarse ante toda autoridad que no fuera la de la razón, y en el análisis de cada institución ó hábito social, se rebelaba contra toda clase de sofismas, más ó menos enmascarados.

El nihilista rompió, como es natural, con las supersticiones de sus padres, siendo en concepciones filosóficas un positivista, un agnostista, un evolucionista spenceriano ó un partidario del materialismo científico; y aun cuando jamás atacaba la sencilla y sincera creencia religiosa, que es una necesidad psicológica de sentir, luchó abiertamente contra la hipocresía, que conduce á las gentes á cubrirse con la máscara de una religión, de la que repetidamente se desprenden como de lastre inútil.

La vida de la sociedad civilizada está llena de pequeñas mentiras convencionales. Personas que se odian mutuamente, al encontrarse en la calle cambian una falsa sonrisa, en tanto que el nihilista sólo demuestra su satisfacción al encontrar á alguien digno de aprecio. Todas esas formas de cumplidos superficiales, que no son más que mera hipocresía, le eran igualmente repulsivas, mostrando cierta aspereza exterior como protesta contra la exagerada cortesía de sus mayores. Los había visto hablar apasionadamente como idealistas sentimentales, y al mismo tiempo conducirse como verdaderos bárbaros con sus esposas, sus hijos y sus siervos; y se declaró en rebeldía contra esa clase de sensiblería que, después de todo, tan fácilmente se acomodaba á las condiciones puramente ideales de la vida rusa. El arte se hallaba envuelto en la misma negación niveladora. Un hablar continuo sobre la hermosura, lo ideal, el arte por el arte, esteticismo y otras cosas por el estilo, de que tanto se hacía gala — mientras que todo objeto artístico se compraba con dinero extraído de los hambrientos agricultores ó de los esquilados obreros, y el llamado « culto á la belleza » no era sino un antifaz para encubrir la más vulgar disolución — le inspiraban un gran desprecio,

y la crítica del arte que Tolstoi, uno de los más grandes artistas del siglo, ha formulado ahora con tanta energía, el nihilista la expresaba en esta terminante afirmación: « Un par de botas tiene más importancia que todas vuestras *madonnas* y todas vuestras disquisiciones sobre Shakespeare ».

El matrimonio sin amor y la familiaridad sin el afecto, eran igualmente repudiados. La joven nihilista, obligada por sus padres á ser un autómatas en una casa de muñecas, y á contraer un enlace de conveniencia, prefería abandonar su hogar y sus trajes de seda, ponerse un vestido de lana negro de la clase más inferior, cortarse el cabello é ir á un instituto, dispuesta á ganar allí su independencia personal. La mujer, que había visto que su casamiento no tenía ya el carácter de tal, que ni el amor ni la amistad servían de vínculo á los que legalmente eran considerados como esposos, optaba por romper un lazo que no conservaba ninguno de sus rasgos esenciales. De acuerdo, pues, con estas ideas, se iba frecuentemente con sus hijos á arrostrar la miseria, prefiriendo la pobreza y la soledad á una vida que, bajo condiciones convencionales, hubiera sido una negación completa de sí misma.

El nihilista llevaba su amor á la sinceridad hasta á los detalles más minuciosos de la vida corriente, descartando las formas convencionales del lenguaje de sociedad y expresando sus opiniones de un modo claro y preciso, no desprovisto de cierta determinada afectación de rudeza externa.

* * *

En Irkutsk acostumbrábamos á frecuentar los bailes semanales que se daban en uno de los casinos. Durante algún tiempo fui concurrente á estas *soirées*: pero después, teniendo que trabajar, me vi obligado á abandonarlas. Una noche, cuando hacía varias semanas que yo no aparecía por allí, una de las señoras le preguntó á un joven amigo mío por que no asistía yo ya á sus reuniones: « Ahora sale á caballo cuando quiere hacer ejercicio », fué la poco atenta contestación que dió aquél. « Pero podría venir y pasar un par de horas con nosotras, aunque no bailase », se aventuró á decir otra de ellas. A lo que replicó mi nihilista amigo: « ¿ Qué había de hacer aquí, hablar con vosotras de modas y adornos? Ya está cansado de tales simplezas ». « Pero él va á ver algunas veces á Fulanita », observó tímidamente una de las jóvenes presentes. « Sí, pero esa es una muchacha estudiosa — respondió brusca-mente él —, y le ayuda á repasar el alemán ». Debo agregar que esta manera, indudablemente poco cortés, de conducirse, dió su resultado, porque muchas de las jóvenes de Irkutsk empezaron á acosarnos á mi hermano, á mi amigo y á mí con preguntas respecto á lo que les aconsejábamos nosotros que leyeran ó estudiaran.

Con la misma franqueza hablaba el nihilista á sus relaciones, diciéndoles que toda su charla compasiva respecto á los pobres, era pura hipocresía, viviendo ellos, como lo hacían, del mal retribuido trabajo de esas mismas gentes cuya suerte aparentaban lamentar, sentados de esas mismas gentes cuya suerte aparentaban lamentar, sentados amigable y cómodamente en sus dorados y lujosos salones. Y con la propia desenvoltura declaraba al alto funcionario que, endiosado en su

pomposo cargo, la situación del pueblo le importaba un pito, y que él, como todos los empleados, no era más que un ladrón; y otras verdades de igual calibre.

Con cierta austeridad, él reprendía á la mujer que sólo se ocupaba de cosas frívolas, haciendo gala de sus distinguidas maneras y elegantes vestidos. Diciendo, sin rodeos, á una joven hermosa: «¿Cómo no os da vergüenza de hablar tales tonterías y de llevar esa trenza de pelo postizo?» En la mujer deseaba encontrar una compañera, una personalidad humana — no una muñeca ó una esclava de harém —, negándose en absoluto á tomar parte en esos pequeños actos de cortesía que tanto los hombres prodigan á las que luego se complacen en considerar como «el sexo débil». Cuando entraba una señora en una habitación, no saltaba el nihilista de su asiento para ofrecérselo, á menos de que no pareciera cansada y no hubiera otro desocupado, tratándola como lo haría con un compañero de su mismo sexo; pero si una dama — aun cuando jamás la hubiera conocido — manifestara deseos de aprender algo que ignoraba y que él sabía, iría todas las noches de un extremo á otro de la más populosa ciudad para servirla.

Dos grandes novelistas rusos, Turgueneff y Goncharoff, han intentado representar este nuevo tipo en sus novelas; pero el segundo, en *Precipicio*, tomando como tal uno que, aunque verdadero, no se hallaba dentro de la generalidad de la clase, hizo una caricatura del nihilista, en tanto que el primero, demasiado buen artista y lleno de admiración por el carácter que se proponía describir, para incurrir en tal efecto, no logró, sin embargo, dejarnos satisfechos con su nihilista *Bazaroff*. Lo encontramos muy poco cariñoso, en particular en sus relaciones con sus ancianos padres, y, sobre todo, le reprochamos el aparentar el olvido de sus deberes de ciudadano. La juventud rusa no podía quedar satisfecha con la actitud puramente negativa del héroe de Turgueneff. El nihilismo, con su afirmación de los derechos del individuo y su condenación de toda hipocresía, no era más que un primer paso hacia un tipo más elevado de hombres y mujeres, que siendo igualmente libres, viven para hacer progresar una gran causa. Los nihilistas de Chernyshevsky, según se representan en su novela, menos ideal que las mencionadas, *¿Qué ha de hacerse?*, se acercaban más á la verdad.

* * *

«¡Qué amargo es el pan que amasan los esclavos!» había dicho nuestro poeta Nekrazoff; y la nueva generación se negaba ahora á comer ese pan y disfrutar de las riquezas que habían sido acumuladas en las casas de sus padres por medio del trabajo servil, ya fueran los trabajadores verdaderos siervos, ó esclavos del presente estado industrial.

Toda Rusia leyó con asombro en la acusación presentada ante el tribunal contra Karakozoff y sus amigos, que estos jóvenes, dueños de considerables fortunas, acostumbraban á vivir tres ó cuatro en la misma habitación, no gastando más que cinco duros cada uno al mes para atender á todas las necesidades, y dando al mismo tiempo todo cuanto poseían para la fundación de sociedades cooperativas, talleres cooperativos también (donde ellos mismos trabajaban) y otras obras

análogas. Cinco años después, miles y miles de la juventud rusa — la flor de la misma — seguían ese ejemplo. Su lema era: «¡Vnarod!» (Vayamos al pueblo, unámonos á él). Durante los años comprendidos entre el 60 y 65, en casi todas las casas de las familias ricas se sostenía una lucha encarnizada entre los padres, empeñados en mantener las viejas tradiciones, y los hijos é hijas, que defendían su derecho á disponer de su existencia según sus ideales. Los jóvenes abandonaban el servicio militar, las casas de comercio, las tiendas, y afluían á las ciudades universitarias; las muchachas, criadas en el seno de las familias más aristocráticas, corrían sin recursos á San Petersburgo, Moscou y Kieff, ávidas de aprender una profesión que las librara del yugo doméstico, y tal vez algún día también del posible de un esposo, lo que muchas de ellas consiguieron después de duros y asiduos trabajos. Procurando ahora hacer partícipe al pueblo de los conocimientos que las emanciparon, en lugar de utilizarlos sólo en provecho propio.

En cada población rusa, en cada barrio de San Petersburgo, se formaron pequeños grupos para el mejoramiento y educación mutua; las obras de los filósofos, los trabajos de los economistas, las investigaciones históricas de la nueva escuela de la historia rusa, eran leídas detenidamente en esos círculos, siendo seguida la lectura de discusiones interminables. El objeto de todo ese batallar no era otro sino el de resolver el gran problema que se levantaba ante su vista. ¿De qué modo podrían ser útil á las masas? Llegando gradualmente á la conclusión de que, el único medio de conseguirlo era el vivir entre el pueblo y participar de su suerte. Los jóvenes fueron á los pueblos como médicos, practicantes, maestros y memorialistas, y aún como agricultores, herreros, leñadores y otras ocupaciones similares, procurando vivir allí en estrecho contacto con los campesinos; ellas, después de haberse examinado de maestras, aprendían el oficio de matronas y se iban a centenares á los pueblos, dedicándose por completo á la parte más pobre de sus habitantes.

Estos jóvenes de ambos sexos no llevaban en su mente ningún ideal de reconstrucción social ni pensaban en la revolución; sólo se preocupaban de enseñar á la masa de los campesinos á leer, instruirlos sobre otros particulares, prestarle asistencia médica y ayudarla por todos los medios posibles á salir de su obscuridad y miseria, aprendiendo al mismo tiempo cuáles eran los ideales populares respecto á una vida social mejor.

Al volver de Suiza hallé este movimiento en todo su apogeo.

XIII.

Corrí á compartir con mis amigos mis impresiones respecto á la Asociación Internacional de Trabajadores y mis libros. En la Universidad bien puede decirse que no tenía amigos; yo era mayor que la generalidad de mis compañeros, y entre gente joven una diferencia de algunos años es siempre un obstáculo para una franca intimidad. Hay que decir también que, desde que los nuevos reglamentos de admisión en la Universidad se pusieron en vigor en 1861, lo mejor de la juventud — los más listos y más independientes de carácter — fueron eliminados

de los institutos, no pudiendo, por consiguiente, llegar á entrar en la Universidad. Debido á esto, la mayoría de mis compañeros eran de buena índole, laboriosos, pero no se tomaban interés en nada que no se relacionase con los exámenes. Yo tenía amistad sólo con uno de ellos, á quien llamaré Dmitri Kelnitz; era hijo de la Rusia del Sur, y, aunque de apellido alemán, apenas hablaba este idioma, y su fisonomía tenía más de rusa del Sur que de teutónica. Era muy inteligente, había leído mucho y pensado seriamente sobre ello; amaba la ciencia y la respetaba profundamente; pero, como muchos de nosotros, vino á llegar á la conclusión de que el seguir la carrera de hombre de ciencia suponía el ingresar en el campo de los filisteos, y que había bastante trabajo, más urgente y necesario que realizar; y de acuerdo con tales ideas, asistió á los cursos universitarios dos años, abandonándolos después, y dedicándose por entero á la cuestión social. Vivía de cualquier modo; hasta dudo que tuviera residencia fija. Algunas veces solía venir á preguntarme: «¿Téneis papel?» Y, una vez obtenido, se sentaba en la esquina de una mesa durante una ó dos horas, haciendo diligentemente traducciones; y con lo poco que ganaba de tal manera, tenía más que suficiente para satisfacer todas sus limitadas necesidades. Después de lo cual, se trasladaba inmediatamente á una parte distante de la población para ver á un compañero ó prestar auxilio á un amigo necesitado, ó atravesaba á pie San Petersburgo, yendo á un barrio extremo, á fin de obtener la admisión gratuita en un colegio de un muchacho por quien se interesaban los compañeros. Era indudablemente un hombre de relevantes cualidades; en el Occidente europeo una persona de tales aptitudes hubiera conquistado un lugar prominente en el campo político ó socialista; pero jamás fueron esas sus aspiraciones. El dirigir á los demás no era por ningún concepto su ambición, rasgo que, en verdad, no caracterizaba sólo á él: todos los que habían vivido algunos años en los círculos de estudiantes de aquella época, lo poseían en alto grado.

Poco después de mi regreso, Kelnitz me invitó á ingresar en un círculo, que era conocido entre los jóvenes por el de «Tchaykousky», el cual, bajo este nombre, desempeñó un importante papel en la historia del movimiento social en Rusia, y con el que también pasará á la posteridad. «Sus miembros — me dijo mi amigo — han sido hasta ahora en su mayoría constitucionales; pero son buenas gentes, dispuestas en favor de toda noble idea; tienen muchos amigos en todo el país, y más adelante veréis lo que se puede hacer». Ya yo conocía Tchaykousky y algunos otros miembros de este círculo; aquél había ganado mi afecto desde nuestra primera entrevista, permaneciendo nuestra amistad inalterable durante veintisiete años.

Dicha sociedad empezó por un grupo insignificante de jóvenes de ambos sexos — entre los que se hallaba Sofía Perouskaya, quien entró en él con objeto de mejorar y perfeccionar su educación; y en su seno se encontraba también el amigo antes mencionado. En 1869, Nechaieff había intentado formar una organización revolucionaria secreta entre la juventud, imbuída del deseo anteriormente referido de trabajar entre el pueblo, y para conseguir tal resultado, apeló á los recursos de los antiguos conspiradores, sin retroceder ni aun ante los desengaños, al pretender que sus asociados se conformaran con su di-

rección. Tales procedimientos no podían prosperar en Rusia, y pronto su sociedad se disolvió. Todos sus miembros fueron detenidos, y algunos de los jóvenes más entusiastas y decididos fueron desterrados á Siberia antes de haber podido hacer nada. El círculo de mutua educación y mejoramiento, de que vengo hablando, se constituyó en oposición al sistema de Nechaieff. Aquel número limitado de amigos había juzgado, muy cuerdamente, que el desarrollo moral del individuo debe ser la base de toda organización, cualquiera que sea el carácter político que adopte después y el programa de acción que siga en el curso de los futuros acontecimientos. A esto fué debido que el círculo de Tchaykousky, ensanchando gradualmente su campo de operaciones, se extendiera tanto en Rusia y adquiriera tan importantes resultados; y más tarde, cuando las feroces persecuciones del gobierno crearon una lucha revolucionaria, produjera esa notable clase de hombres y mujeres que tan gallardamente sucumbieron en la terrible contienda que empeñaron contra la autocracia.

En esa época, sin embargo — esto es, en el 72 —, el círculo no tenía nada de revolucionario. Si se hubiera limitado á no ser más que una sociedad de mejoramiento mutuo, pronto se hubiese petrificado como un monasterio. Pero no fué así; sus miembros se dedicaron á un trabajo útil, empezando á distribuir libros buenos. Compraron ediciones enteras de las obras de Lasalle, Berbi (sobre el estado de la clase obrera en Rusia), Marx, libros de historia rusa y otras publicaciones del mismo género, repartiéndolas entre los estudiantes de las provincias. A los pocos años no había población de importancia en «treinta y ocho provincias del imperio ruso», según el lenguaje oficial, donde este círculo no contase con un grupo de compañeros ocupados en la distribución de esa clase de literatura. Gradualmente, siguiendo el impulso general de la época, y estimulado por las noticias que venían de la Europa occidental referentes al rápido crecimiento del movimiento obrero, él se fué haciendo cada vez más un centro de propaganda socialista entre la juventud ilustrada, y un intermediario natural para los miembros de los círculos provinciales, hasta que llegó un día en que se rompió el hielo que separaba á los estudiantes de los trabajadores, estableciéndose relaciones directas entre ambos, lo mismo en San Petersburgo que en algunas provincias. Siendo entonces cuando yo ingresé en dicha agrupación en la primavera del 72.

Todas las sociedades secretas son ferozmente perseguidas en Rusia, y los lectores de Occidente tal vez esperen de mí una descripción del modo como fué iniciado y del juramento de fidelidad que presté. Pero, aunque tenga que desvanecer esa ilusión, debo manifestar que no ocurrió nada parecido, ni era posible que ocurriera; nosotros hubiéramos sido los primeros en reinos de semejantes ceremonias, y Kelnitz no hubiese dejado pasar la oportunidad de hacer uso de una de sus sarcásticas observaciones, capaz de concluir con cualquier ritual. No existían ni aún estatutos, aceptando sólo como socios á aquellas personas que eran bien conocidas y habían sido probadas en varias circunstancias, y de quienes se sabía que se podía confiar en absoluto. Antes de admitir un nuevo miembro, sus antecedentes se discutían con la franqueza y formalidad que caracterizaban al nihilista. El menor asomo de falta